



Nacimiento de la literatura autobiográfica en la historia sobre la voluntad de saber de Michel Foucault

Rafael Farías Becerra

Escuela de Educación. Facultad de Ciencias Sociales y Artes. Universidad Mayor, Chile  

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.85979>

Recibido: 29/01/2023 • Aceptado: 14/11/2023

ES Resumen. Este artículo plantea la posibilidad de hallar un surgimiento de la literatura autobiográfica en la obra de Michel Foucault a partir del momento en que este filósofo deja de interesarse por la literatura como un espacio autorreferencial para adentrarse en la historia de criminales, locos, anormales, vidas minúsculas e infames, cuyos relatos se encuentran comprometidos dentro de diferentes prácticas discursivas promovidas por mecanismos de poder. En este sentido, los diarios de Pierre Rivière, Herculine Barbine o Alexina B. y del anónimo inglés de *My secret life*, no sólo cuestionarán la voluntad de saber sobre el crimen y la sexualidad que comenzaba a surgir en términos médicos, psiquiátricos y legales a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, sino que también pondrán en tela de juicio la institucionalidad literaria a partir de una especie de genealogía de la literatura autobiográfica, nacida, en su generalidad, dentro de prácticas confesionales. De este modo, Foucault demuestra un interés previo por la autobiografía *antes* de que esta práctica de escritura sea situada dentro de una ética y estética de sí.

Palabras claves: anormalidad; autobiografía; crimen; literatura; voluntad de saber; Rivière; Barbin

EN The birth of autobiographical literature in Michel Foucault's history on the will to know

EN Abstract. This article raises the possibility of finding an emergence of autobiographical literature in the work of Michel Foucault from the moment in which this philosopher ceases to be interested in literature as a self-referential space to enter into the history of criminals, madmen, abnormal people, minuscule and infamous lives, whose stories are compromised within different discursive practices promoted by mechanisms of power. In this sense, the diaries of Pierre Rivière, Herculine Barbine or Alexina B. and the anonymous Englishman in *My secret life*, will not only question the will to know about crime and sexuality that was beginning to emerge in medical, psychiatric and legal terms in the late eighteenth and early nineteenth centuries, but will also call into question literary institutionality on the basis of a kind of genealogy of autobiographical literature, born, in its generality, within confessional practices. In this way, Foucault demonstrates a prior interest in autobiography before this writing practice is situated within an ethics and aesthetics of the self.

Keywords: abnormality, autobiography, crime, literature, will to know, Rivière, Barbin

Sumario: 1. Introducción. 2. Pierre Rivière: la memoria como "máquina de guerra". 3. Herculin Barbin o Alexina B.: "los limbos felices de la no identidad". 4. El anónimo inglés de *My secret life*: el relato de una "sexistencia". 5. Conclusión. 6. Referencias bibliográficas

Cómo citar: Farías Becerra, R. (2024). La literatura autobiográfica en la historia sobre la voluntad de saber de Michel Foucault. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 41(3), 605-616.

1. Introducción

A comienzos de los años setenta Michel Foucault anuncia que desplazará su mirada hacia el problema de las prisiones, señalando a su vez cierto “cansancio” por la cuestión literaria¹, lo que ha llevado a algunos de sus críticos a hablar de una “desaparición”² de la literatura en su obra, luego de su amplio abordaje temático y de los usos filosóficos que ésta desempeñó mientras Foucault desarrollaba su método arqueológico durante los años sesenta. Sin embargo, al indagar en los libros y cursos dictados a mediados de la década del setenta, ya sea un poco antes, simultáneamente, o inmediatamente después de la publicación de *Vigilar y castigar* en 1975, observaremos el interés de este filósofo por otro tipo de literatura: una “cuasi literatura”³, o incluso, una literatura menor que, desde la periferia, parecía venir a impugnar la “institucionalidad” literaria⁴.

De este modo, en pleno desarrollo de su lectura sobre el poder, Foucault incorporará dentro su reflexión otro tipo de “géneros” literarios (crónicas policiales, literatura sobre el poder monárquico, que denominará como literatura gótica, relatos autobiográficos, etc.), donde aparecerán las historias de sujetos/as criminales, anormales, monstruos políticos, vidas infames⁵, e incluso vidas salvajes⁶, que se encontrarán emparentadas con una serie de transformaciones producidas por la nueva teoría de la criminalidad desarrollada a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX en Europa.

A partir de esta nueva teoría aparecerá por primera vez, según Foucault, la cuestión de la naturaleza eventualmente “patológica” de la criminalidad⁷. La justicia penal comenzará a apoyarse en nuevos saberes, tales como la medicina legal, la psicología, la psiquiatría, la criminología, entre otras nuevas ciencias, con el propósito de poder determinar qué tipo de fisonomías, rasgos, conductas o pensamientos patológicos presentan los individuos criminales. Pero, más ampliamente, lo que llamará la atención de este filósofo es que a partir de la primera mitad del siglo XIX, el mundo científico comenzará a mostrar un gran interés por hacer de los individuos anormales tanto su objeto favorito de saber, así como el sujeto de una impresionante explosión discursiva que pretenderá hacerlos hablar⁸.

La inmersión de Foucault en los archivos de las crónicas judiciales pero, sobre todo, en los anales que conformaban la literatura médica, le permitirán observar el “extraordinario poder de escritura del sujeto desviado”⁹. De este modo, si en *Vigilar y castigar* se enfatizaba el poder de escritura que permitía la individuación y disciplinamiento de los sujetos a partir de las técnicas de notación y registro llevadas a cabo en las prisiones, hospitales, asilos, fábricas y escuelas¹⁰, lo que se acentuará de ahora en adelante es la “valorización” de esta palabra producida por los individuos desviados o anormales. Dicho de otro modo, lo relevante de los discursos sobre la desviación ya no se encontrará en los expedientes o en la historia individual de los sujetos, sino en “los relatos que los principales interesados, criminales, prostitutas, alienados, invertidos y toxicómanos, podían hacer de sus existencias”¹¹.

Parte de la historia que se ha podido reconstituir de esta *puesta en palabra* de los individuos anormales, demostraba que mucho antes de la aparición de los primeros magnetófonos, la palabra del enfermo, del criminal o del marginal había sido consignada, ya sea por un redactor exterior, o bien, por sus propios protagonistas. Es así como estos relatos habrían llevado a la constitución de dossiers documentales de los cuales solo algunos llegaron a ser publicados¹². Asimismo, se sabe que los escritos autobiográficos se daban como resultado de la solicitud de un alienista o criminólogo, quienes exigían a sus pacientes escribir su autobiografía o tener su diario íntimo. De ello se deriva, entonces, que el rol del médico no se limitara exclusivamente a ofrecer algunos materiales para su escritura, sino que, en muchos casos, “intervenía directamente sobre la redacción de las memorias suscitando la escritura de tal o cual punto”¹³.

Ahora bien, para que estas memorias o escritos autobiográficos pudieran ser publicados dentro de revistas científicas, tenían que ser editados o debían ir acompañados de algunas notas o comentarios de los médicos, para así presentar a la comunidad científica una “pieza enigmática” que podía dar origen a un “debate [que] en su seno permitiera emitir un diagnóstico sobre este caso; de aportar un ejemplo a tal teoría psiquiátrica o criminológica, de someter una hipótesis nueva, o más simplemente, dar a ver la enfermedad desde el punto de vista del paciente”¹⁴.

Desde esta perspectiva, podría pensarse que la autobiografía o la memoria de los anormales solo había sido capaz de levantar un interés científico por las anomalías de los individuos, sin embargo, el rescate de estos archivos y la posterior reflexión que Foucault desarrolló a partir de ellos, demostrarán que allí aparecía otra *política del corpus*¹⁵, cuya

¹ Foucault, M. «Je perc□ois l'intolérable (1971)». En: Defert, Daniel; Ewald, François y Lagrange, Jacques (Eds.). *Dits et écrits II (1970-1975)*. Paris: Éditions Gallimard, 1994.

² Revel, J. “Histoire d'une disparition: Foucault et la littérature”. *Le Débat*, 79 (2), 1994, 65-73.

³ Pol-Droit, R. «Desembarazarse de la filosofía. A propósito de literatura (1975)». *Entrevistas con Michel Foucault*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2008, 62.

⁴ Piégay-Gros, N. «La critique littéraire et la pensée de Michel Foucault» en *Michel Foucault, La littérature et les arts*. Sous la direction de Philippe Artières. Paris: Éditions Kimé, 2004, 91.

⁵ Fariás, Rafael. «La vida infame en el régimen estético de la historia: Rancière lector de Foucault». *Enrahonar. An International Journal of Theoretical and Practical Reason*, 69, 2022, 147-162.

⁶ Artières, P. *Le dossier sauvage*. Paris: Éditions Verticales, 2019.

⁷ Foucault, M. «Clase del 29 de enero de 1975» en *Los Anormales, Curso en el Collège de France (1974-1975)*, 91.

⁸ Artières, P. «Le pouvoir d'écriture: Michel Foucault et l'autobiographie» en *Michel Foucault, La littérature et les arts*. Sous la direction de Philippe Artières. Paris: Éditions Kimé, 2004, 84.

⁹ *Ibid.*, 77-78.

¹⁰ Le Blanc, G. *El pensamiento Foucault*. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.

¹¹ Artières, P. «Le pouvoir d'écriture: Michel Foucault et l'autobiographie», *op. cit.*, 77. La traducción es mía.

¹² *Ibid.*, 77.

¹³ *Ibid.*, 79. La traducción es mía.

¹⁴ *Ibid.*, 79. La traducción es mía.

¹⁵ Según Nathalie Piégay-Gros, en Foucault encontraríamos una renovada «política del corpus», pues este filósofo privilegia trabajar masivamente con «objetos marginales, 'menores', con todo aquello las instituciones (universidades,

novedad radica en la forma en que estos relatos han podido ingresar a los discursos de la historia y de la filosofía, pero también de la literatura. Más aún, en la banalidad de estos discursos autobiográficos era posible escuchar el rumor de otras batallas ejercidas por los desviados, cuando éstos se pensaban perdidos bajo los intereses del saber científico y judicial:

“La lectura atenta de estos documentos permite recoger los retazos de una palabra hasta ahora muerta. Jugándose reglas y coacciones que regían su escritura, los autores emitían cierto número de protestas y de demandas. Así, a través de estos textos publicados, se dibujaba una doble historia de la desviación; utilizando la terminología médica, los locos, los criminales, los desviados respondían a su médico y a su juez constituyendo un largo discurso o venían a mezclarse estas voces en un uniforme, pero no menos rico *murmullo* del mundo.”¹⁶

En relación a esto último, es necesario comprender estas *autobiografías* a nivel de las prácticas discursivas que las hacen posibles mediante distintos mecanismos de saber y poder¹⁷. En este sentido, podríamos decir que, de manera genealógica, lo que intenta establecer Foucault es una de filiación entre aquello que tradicionalmente se conoce como literatura autobiográfica¹⁸ y su relación con los mecanismos de poder confesional, adoptados y transformados esta vez por los nuevos mecanismos jurídicos, médicos y psiquiátricos que intentan hacer hablar a los individuos anormales y criminales en la modernidad. Más aún, es necesario problematizar el “género” de este tipo de literatura autobiográfica para señalar que en el caso de las vidas paralelas de Herculine Barbin, Pierre Rivière y con cierta excepción del anónimo inglés de *My secret life*, aún estamos relativamente lejos de la literatura autobiográfica en el sentido de una práctica de cuidado de sí, a modo de una ética y estética de la existencia, que Foucault abordará principalmente a partir de los años ochenta¹⁹, puesto que en este período de la reflexión del filósofo (mediados y finales de los setenta) existe otra forma de pensar la relación sujeto-autor con respecto a este tipo de literatura.

En primer lugar, si se cuestiona el estatuto autorial de estas autobiografías y observamos que se trata aquí de vidas oscuras e infames, vidas apartadas, condenadas e ignoradas, sin mayor renombre o reputación, lo que se deja ver es que “no se espera del productor del texto “cierto nivel constante

de valor”, o “una coherencia conceptual y teórica”, o “una unidad estilística” de sus escritos. No importa su vida, es decir, la biografía, la perspectiva individual”²⁰, sino la función que cumplen dentro de la red de agrupamiento y control discursivo en el que se encuentra inscrita:

“De hecho, cuando se trata de desclasificados (locos, delincuentes, anormales, etc.), no se supone un autor-sujeto, con su razón universal y su autonomía de conciencia. Se supone un autor-locura, un autor delincuencia, un autor-anormalidad. No escuchamos, así, el discurso del Otro, sino síntomas que el médico, el psiquiatra o el psicólogo deben decirnos lo que son. Desde un inicio estos discursos desfigurados o negados, no se constituyen como portadores de la función autor, ni siquiera son tomados como discursos –son solo murmullos sordos.”²¹

En este mismo sentido, ante la atribución espontánea de un discurso a su productor es posible señalar que estas autobiografías no se conciben como expresiones de un autor en el sentido de una entidad anterior y exterior a ellas, que sería su fuente de origen y verdad. Más bien, lo que ocurre con estos relatos de vidas oscuras es que se invierte la relación entre vida y escritura:

“antes de contar la verdad de una vida, la escritura del texto autobiográfico es un gesto de ella –es su “rastros instantáneo y fulgurante”. Tampoco el sujeto aparece como lo más propio de la experiencia, sino como aquel que se constituye en esa escritura. No surge como algo trascendental, sino como algo histórico, y por qué no, como un hecho instantáneamente constituido. Esas vidas paralelas son configuraciones singulares, históricas, momentáneas; configuraciones transitorias y discontinuas, abiertas a múltiples posibilidades de acuerdo con las prácticas a las que están sometidas.”²²

En definitiva, lo que Foucault trataría de poner en relieve aquí son formas de subjetividad concretamente producidas; vidas que son *efectos* de los mecanismos de poder y saber²³. Como veremos más adelante, en el caso de de Herculine Barbin sus memorias se inscriben dentro de los rituales discursivos de la *confesión*, cuyas reglas de elaboración combinan la recuerdos de su juventud con el examen de conciencia, mediante el que se buscaba discernir cuál es era su verdadera identidad sexual. Por su parte, en el caso de Rivière se podría señalar que su autobiografía no pertenece tanto a una confesión o defensa, sino que más bien está emparentada con aquella especie de discursos de patíbulo promovidos por una antigua tecnología de poder: el *suplicio*²⁴. Desde esta perspectiva, el relato de Rivière asume las características de un folletín, en tanto reúne una serie de formas narrativas que for-

academias, etc.) abandonan». Piégay-Gros, N. «La critique littéraire et la pensée de Michel Foucault» en *Michel Foucault, La littérature et les arts*, op. cit., 91.

¹⁶ Artières, P. «Le pouvoir d'écriture : Michel Foucault et l'autobiographie», op. cit., 80. La traducción es mía.

¹⁷ Pereira, D. «Vidas paralelas: Foucault, Pierre Rivière e Herculine Barbin». *Tempo Social, Revista de Sociologia da USP*, 19(2), 2007, 238.

¹⁸ Artières, P. «Le pouvoir d'écriture: Michel Foucault et l'autobiographie», op. cit., 81.

¹⁹ Con respecto a las diferentes tecnologías de escritura del Yo consideradas por Foucault como prácticas del cuidado de sí, ver: Luque, A. «Literatura y autobiopolítica: aportaciones de Michel Foucault a la teoría de la autobiografía». *452ºF. Revista De Teoría De La Literatura Y Literatura Comparada*, (17), 2017, 18-35.

²⁰ Pereira, D. «Vidas paralelas: Foucault, Pierre Rivière e Herculine Barbin», op.cit., 237. La traducción es mía.

²¹ *Ibid.*, 237. La traducción es mía.

²² *Id.* La traducción es mía.

²³ *Ibid.*, 238.

²⁴ *Ibid.*, 241.

maban parte de una memoria popular sobre los crímenes²⁵. Dichos discursos elaborados a pedido de un juez exigían en primer lugar un relato “exacto” de los hechos, para, posteriormente, ir acompañados del lamento del criminal, escrito en primera persona, donde éste confesaba su falta, asumía su culpabilidad y solicitaba el castigo que la ley establece²⁶ como parte de un aparato de control ideológico y moralizante sobre las clases populares. Cuestión que, como veremos, en el caso de Rivière, se trata más bien de venir a poner en jaque las distintas formas de racionalidad médico-psiquiátricas y jurídicas de su época.

Una cuestión en parte de diferente ocurrirá con las memorias del anónimo inglés de *My secret life* que hemos incluido en este artículo, pues a decir de Foucault su diario de vida se inscribe dentro de una antigua tradición espiritual, que los países protestantes parecen haber mantenido mejor que los católicos, en cuanto a realizar sobre la hoja en blanco un examen de conciencia. No obstante, esta autobiografía parece estar más bien motivada por el “placer de escribir”²⁷. De hecho, para Foucault, el uso instrumental, psicológico, excitador y, estrictamente corporal, de la escritura del anónimo inglés forman parte de una vida consagrada al sexo, una “sexistencia”, que en este caso sí está mucho más cercana, o más bien, anticipa en Foucault lo que será una práctica o uso de la escritura como parte de una estética de sí (hacer de la vida una bella obra)²⁸, pero que en el caso de la ambivalente autobiografía del anónimo inglés (“insaciable de conocer su placer y de disfrutar de este conocimiento”²⁹) se encuentra inscrita dentro de dispositivos discursivos que coercionan el sexo en la medida en que más se habla de él, cuestión que lo emparentaban con la autobiografía de Pierre Rivière (“ese tonto de aldea que daba algunas monedas a las niñas a cambio de complacencias que las mayores le rehusaban”³⁰).

Estos relatos autobiográficos, tanto por sus enfrentamientos con las normas como por el murmullo de experiencias que portaban, pueden ser leídos también como otro género de discursos, que mantenían una relación periférica o hasta cierto punto marginal con la literatura. Es esto lo que parece tentar a Foucault al publicar los textos *Yo, Pierre Rivière...*, *Herculine Barbin* o *Alexina B.* y *My secret life*.

En esta nueva faceta de editor asumida por Michel Foucault³¹, se observará no solo una fascinación por la singular belleza de estos relatos, sino también la posibilidad de cuestionar “el estatuto de la literatura personal en nuestras sociedades”³². De este modo, su preocupación por sacar a la luz estos “relatos-existencias” olvidados por los historiado-

res, no constituirá una excepción, sino más bien una estrategia que formaba parte de su propio trabajo³³.

2. Pierre Rivière: la memoria como “máquina de guerra”

Si seguimos el orden cronológico en que fueron escritas las tres autobiografías que hemos nombrado anteriormente, la de Pierre Rivière escrita en 1835, la de Herculine Barbin, cuyo manuscrito apareció en 1868, y la del texto anónimo *My secret life*, escrita probablemente hacia 1890, podemos observar que estas memorias abarcan casi todo el siglo XIX, siglo que será decisivo para Michel Foucault en la medida en que durante el mismo se manifiesta con mayor intensidad el interés por generar una producción discursiva de los individuos anormales (criminales, hermafroditas, libertinos, etc.). Dicho interés se debía, por una parte, al hecho de que el mundo científico los había constituido como objeto de saber y, por otra, a la aparición de una voluntad política que buscaba establecer el control y la normalización de las clases peligrosas³⁴.

Ahora bien, con respecto a Pierre Rivière, Foucault nos va a decir que “nunca fue un caso importante” para la psiquiatría penal³⁵. La *Gazette des tribunaux* que publicaba la mayoría de los crímenes de la época habló “muy poco” de este asunto, puesto que quedó ensombrecido por el atentado y el proceso de Fieschi, así como por la condena y ejecución de Lacenaire³⁶; cuestión al menos curiosa al parecer de este filósofo, puesto que Rivière fue sentenciado a la pena máxima en Francia, el 12 de noviembre de 1835. Según Foucault, es probable que haya sido por la mediación de un médico legal llamado Vastel³⁷, que se haya podido alertar sobre el caso y llegar a intervenir en el momento en que se solicitaba su indulto. De cualquier modo, parece ser que, solo después de que se produjera la conmutación de la pena y que Rivière optara por el suicidio, se habrían llegado a publicar sus informes en los *Anales de higiene*³⁸.

Si Rivière no fue un caso importante para la medicina legal, podemos preguntarnos entonces ¿qué es lo que hace que Foucault se interese por él? O, dicho de otro modo, ¿qué es lo que tiene de particular la vida de Rivière como para que su caso pueda tener algo de “ejemplar”?

Más allá de la importancia decisiva que Foucault le atribuye al azar por el que se encontró con sus documentos, su atención por Rivière se concentra en la aparición de un nuevo sistema de derecho que había aparecido en Francia después de 1789. La for-

²⁵ *Ibid.*, 239.

²⁶ *Ibid.*, 237.

²⁷ Foucault, M. «Préface à *My Secret Life* (1977)» en *Dits et écrit III (1976-1979)*. Paris: Éditions Gallimard, 1994.

²⁸ Foucault, M.: «La escritura de sí» en *Estética, ética y hermenéutica*. Volumen III. Barcelona: Paidós, 1999, 937-950.

²⁹ Foucault, M. «Préface à *My Secret Life* (1977)», *op. cit.* 131.

³⁰ Foucault, M. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. México D. F.: Siglo XXI Editores, 1998, 44.

³¹ Artières, P. «Écrire. Question de pratique théorique: où l'on se demandera en quel sens, au juste, Surveiller et punir est écrit ‘pour’ les prisonniers». En: Artières, P. et Potte-Bonneville, M. (Eds.). *D’Après Foucault. Gestes, luttres, programmes*. Paris: Les Prairies ordinaires, 2007, 121.

³² *Ibid.*, 72.

³³ *Ibid.*, 80 y ss.

³⁴ *Ibid.*, 77.

³⁵ Foucault, M. *Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano...* Barcelona: Tusquets Editor, 1976, 8. La primera edición en francés es de 1973.

³⁶ De acuerdo a Michel Foucault las *Memorias* de Pierre François Lacenaire (1968) marcan su ingreso dentro de los estetas del crimen, así como también «manifiesta el triunfo de la delincuencia sobre el ilegalismo, o más bien, la figura de un ilegalismo por una parte confiscado a la delincuencia y por otra parte desplazado a la estética del crimen, es decir, hacia un arte de las clases privilegiadas». Foucault, M. *Vigilar y castigar*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2012, 330.

³⁷ Foucault, M. «Le retour de Pierre Rivière (1976)» en *Dits et écrit III*. Paris: Éditions Gallimard, 1994, 119.

³⁸ Foucault, M. *Yo, Pierre Rivière habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano...*, *op. cit.*, 8.

mulación de un Código civil, que entraba por primera vez en vigencia en el campesinado, había traído consigo nuevas relaciones de administración de la propiedad, la riqueza y las condiciones elementales de vida en torno a instancias judiciales. En este sentido, era un “problema de derecho”³⁹, que resultaba aún del todo “embarazoso”, lo que se encontraba presente en la historia de Pierre Rivière.

Baste recordar, la serie de problemas de embargo de los bienes inmuebles, de distribución de las tierras y la cosecha, de los endeudamientos, etc., por los que debe responder el padre de Rivière producto de las acusaciones y determinaciones de su esposa. Por otra parte, es necesario hacer notar que, para la época de Rivière, esta entrada del campesinado y de la sociedad dentro del nuevo entramado de relaciones judiciales, penales y policíacas, aún no era del todo meticulosa como posteriormente lo será en las sociedades modernas. De hecho, según sus memorias, será Pierre Rivière quien, luego de haber cometido su crimen y vagar algunos días por los bosques, decidirá entrar a los poblados y hacerse detener por la policía, sin obtener resultado alguno: “me paseé un poco y al ver que nadie me detenía, decidí denunciarme a un gendarme y fui hacia donde estaban; me senté de nuevo delante de ellos y al verlos indiferentes decidí volver a los bosques para continuar la vida que hasta entonces había llevado”⁴⁰.

Existe también otra razón por la que el caso de Rivière condensará ciertos acontecimientos decisivos para su época. Es el hecho de que, hacia 1836, médicos y jueces se encontraban en “plena discusión sobre la utilización de conceptos psiquiátricos en la justicia penal”⁴¹. En este sentido, lo que llamará la atención de Foucault, es aquella “singular querrela”, el “enfrentamiento”, la “relación de poder”, la “batalla de discursos y a través de los discursos” que se daba entre la noción de monomanía criminal que Jean-Étienne Esquirol había puesto en circulación por esa época, y la resistencia que le oponen otros médicos y hombres de la ley, sobre todo los magistrados y los tribunales de 1827.

Más que un debate, nos dice Foucault, lo que sacaba a la luz el caso de Rivière, era una guerra de discursos:

“los médicos hacían su guerra, entre ellos, contra los magistrados, contra el propio Rivière (que les engañaba afirmándoles que se había hecho pasar por loco); los magistrados efectuaban su combate a partir de las experiencias médicas, sobre el uso, bastante reciente, de las circunstancias atenuantes, sobre aquella serie de parricidios que había sido equiparada a la de los regicidios (Fieschi y Luis-Felipe no quedan lejos); los aldeanos de Aunay combatían para desarmar, con la asignación de extrañeza o de singularidad, el terror del crimen cometido entre ellos y salvar así el honor de una familia.”⁴²

Sin embargo, dentro de esta guerra discursiva, es Pierre Rivière quien aparece como principal estratega, puesto que había preparado por anticipado, innumerables y complejas estrategias para burlarse del mundo entero:

“su crimen realizado para ser contado y asegurarse de este modo la gloria con la muerte; su relato preparado de antemano y para dar lugar al crimen; sus explicaciones orales para que la gente creyera en su locura; su texto escrito para disipar esa mentira, dar explicaciones y reclamar la muerte, este texto en cuya belleza unos verán una prueba de razón (de la razón del condenado a muerte), otros un signo de locura (la razón para condenarlo a cadena perpetua).”⁴³

En relación a estas artimañas de Rivière, habría que decir primero que este personaje era un inventor⁴⁴. Sin embargo, lo singular de sus estrategias es que a través de ellas, Rivière había “llegado a cortocircuitar y trapear todos los aparatos en los cuales se ha intentado atraparlo”⁴⁵. Más aún, este sujeto había tendido para todos quienes lo conocen, una doble trampa. Por un lado, había logrado escapar de todo, puesto que ni la justicia ni la medicina sabían qué hacer con él. De hecho, en el momento en que es interrogado para saber por qué había decidido matar a su hermano, confiesa haberlo hecho: “Para ser detestado a los ojos de todo el mundo, y de mi padre en particular, que mi padre no pudiera ser infeliz, cuando yo sea condenado a muerte”⁴⁶. Por otro lado, aun cuando es indultado, esta misma trampa llevará a Rivière a su propia condenación y a darse su propia muerte⁴⁷. Es en este sentido, que su relato personal actúa como una “máquina de guerra”, permitiéndole escapar de “todas las trampas, trapeando todas las trampas [donde] él mismo ha sido atrapado”⁴⁸.

Las memorias de Rivière “ponen de cabeza” a los médicos, jurados y jueces, puesto que les hace decir: “no puede ser un loco, no podemos no condenarlo tanto, es maravillosamente lúcido, fuerte e inteligente”⁴⁹. Por el contrario, ocurre también que es en virtud de la belleza y elocuencia de sus memorias, perteneciente a un niño que solo tiene algunas nociones de leer y escribir, que Rivière escapa de todas las categorizaciones posibles, por lo que se cree que, verdaderamente, se trata de un loco.

En definitiva, las memorias de Pierre Rivière parecen tender un señuelo que confundía todos los discursos que se abalanzan sobre él, incluso cuando se utiliza sus memorias para lograr su indulto, al cual Rivière responde dándose su propia muerte. Digámoslo por medio de una analogía: las memorias de Rivière parecen constituir la parte angular de un plan, donde cualquiera sea su desciframiento por

³⁹ Foucault, M. «Le retour de Pierre Rivière», *op. cit.*, 120.

⁴⁰ Foucault, M. *Yo, Pierre Rivière habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano...*, *op. cit.*, 128.

⁴¹ *Ibid.*, 9.

⁴² *Ibid.*, 10.

⁴³ *Ibid.*, 10-11.

⁴⁴ En sus memorias Rivière manifiesta distinguirse de los demás mediante la creación de «instrumentos nuevos» que creaba su imaginación, como el *Calibene*, instrumento creado para matar pájaros, o algunos métodos para crucificar pájaros y ranas que llamó *Encefalar*. *Ibid.*, 115-116.

⁴⁵ Foucault, M. «Le retour de Pierre Rivière», *op. cit.*, 117.

⁴⁶ *Ibid.*, 117.

⁴⁷ *Id.*

⁴⁸ *Id.*

⁴⁹ *Id.*

parte de la ley, el criminal le lleva la delantera. Solo que este plan exige que, ante cualquier opción que tome la justicia sobre su posible locura, el criminal sea fiel a su propósito y escape, aún con su propia muerte.

Vistas así las memorias de Rivière, éstas no solo ponen en cuestionamiento las diferentes relaciones de poder y voluntades de saber de los médicos y magistrados sino que, a su vez, los acontecimientos posteriores demostrarían el costo de su burla. En este sentido, quizás haya que tomar mucho más en serio el sarcasmo contenido en la declaración final de Rivière, una vez que éste se dispusiera a concluir la historia de su crimen: “Me dijeron que lo escribiera, y lo escribí; ahora que he dado a conocer toda mi monstruosidad, y que todas las explicaciones de mi crimen están escritas, espero la suerte que me será destinada”⁵⁰.

Quizás las ideas de grandeza e inmortalidad que devoraban a Rivière terminarán por verse reflejadas mediante el rescate de su memoria, realizado por Foucault como por las múltiples versiones literarias, académicas y cinematográficas que se han hecho de su vida⁵¹. De cualquier modo, este relato autobiográfico por toda la “belleza” y el “estupor” que acarrea⁵² parece lanzarnos otro señuelo, que esta vez dice relación con el *estatuto* que es posible adjudicarle dentro de lo que hoy conocemos como Literatura.

3. Herculin Barbin o Alexina B.: “los limbos felices de la no identidad”

La historia del hermafrodita Herculine Barbin, también conocido como Alexina B., entre otra serie de denominaciones que fue adquiriendo durante su vida, retoma parte de una problemática que ya había sido abordada por Foucault en el curso de *Los Anormales*, dictado entre 1974 y 1975. Precisamente allí, Foucault presentaba algunos hitos con respecto a la manera en que fue variando la percepción y el status del hermafrodita en la cultura occidental hasta el momento en que aparece la necesidad de asignarles un *solo* sexo. Revisemos sintéticamente parte de esta historia.

En la Edad media, nos dice Foucault, los hermafroditas fueron considerados monstruos, por lo que eran “ejecutados, quemados y sus cenizas eran arrojadas al viento”⁵³. Un caso ejemplar de esa época fue el de un hermafrodita llamado Antide Collar, quien fue quemado vivo en Dôle en 1599, debido que los médicos concluyeron que efectivamente tenía dos sexos, solo que el segundo supuestamente lo había adquirido por haber tenido relaciones con Satán⁵⁴. Ahora bien, a comienzos del siglo XVII aparecerá una jurisprudencia de otro tipo, por la cual el derecho canónico y civil denominará *hermafrodita* a

quienes presentaban una “mixtura” o una “yuxtaposición” de ambos sexos⁵⁵. De este modo, era responsabilidad del padre o padrino determinar en el momento de su bautismo, qué tipo de sexo debía mantener un niño o niña. No obstante, al llegar a la vida adulta, el hermafrodita era libre de decidir si quería continuar con el sexo que le había sido atribuido o si quería cambiar al otro. La única condición que le era impuesta era de la de no cambiar de sexo nunca más y mantener hasta la muerte el sexo que había declarado, bajo la pena de sodomía⁵⁶.

Ahora bien, Foucault nos va a presentar dos casos que en el curso del siglo XVII al XVIII transformarán el estatus de los hermafroditas. El primero de ellos es el de Marin Lemarcis, cuyo debate generado por los médicos permitió observar los “primerísimos rudimentos de una clínica de la sexualidad”⁵⁷. El otro ocurre aproximadamente ciento cincuenta años más tarde, cuando Anne Grandjean será condenada, esta vez no por su condición de hermafrodita, sino por el hecho de haber actuado en desacuerdo con el sexo que le era dominante, siendo juzgada por la “monstruosidad moral” de su comportamiento.

Al comparar el caso de Marie Lemarcis (1601) con el de Anne Grandjean (1765), lo que habrá ocurrido, según Foucault, es la “la autonomización de una monstruosidad moral, de una monstruosidad de comportamiento que traslada la vieja categoría del monstruo, del dominio de la conmoción somática y natural al dominio de la criminalidad lisa y llana”⁵⁸. Ya no se tratará, entonces, de aquella monstruosidad que llevaba en sí misma un indicio de criminalidad, sino que esta relación se invierte, por lo que es posible encontrar, hacia fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, “la sospecha sistemática de monstruosidad en el fondo de toda criminalidad”⁵⁹.

Durante el siglo XVIII, las teorías biológicas de la sexualidad, las nuevas concepciones jurídicas sobre el individuo, así como el control administrativo de la población de los estados modernos, rechazarán la idea de que en un solo cuerpo pueda existir una mixtura de sexos, por lo que, desde ahora en adelante, a cada individuo le corresponderá tener una “identidad sexual primera, profunda, determinada y determinante; en cuanto a los elementos de otro sexo que puedan aparecer, no pueden ser sino accidentales, superficiales o incluso, muy simplemente ilusorios”⁶⁰. Desde entonces, será atribución del médico establecer “cuál es el verdadero sexo que se esconde bajo apariencias confusas”⁶¹. De ahí

⁵⁰ Foucault, M. *Yo Pierre Rivière...*, op. cit., 133.

⁵¹ Nos referimos aquí al film *Moi, Pierre Rivière... de 1976* (Ver: allio, R. *Moi, Pierre Rivière ayant égorgé ma mère, ma sœur et mon frère...* Paris: PlanFilm, 1976), así como a una serie de otros escritos sobre este personaje como, por ejemplo, *Tombeau pour Pierre Rivière* (Ver: Roy, P. et Brosat, A. *Tombeau pour Pierre Rivière* L'Harmattan, Paris, 2013).

⁵² Foucault, M. *Yo Pierre Rivière...*, op. cit., 9-10.

⁵³ Foucault, M. «Clase del 22 de enero de 1975» en *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007, 73.

⁵⁴ *Ibid.*, 73.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 68 y ss.

⁵⁶ Barbin, H. *Diario de un hermafrodita*. Barcelona: Editorial Hacer, 1982, 6. Aunque Foucault en este libro sitúe la posibilidad de la elección del sexo a partir de la Edad Media, observamos que en el curso *Los Anormales* este cambio de jurisprudencia es datado a comienzos del siglo XVII. De cualquier modo, los otros casos presentados por Foucault, permiten advertir que este cambio de visión sobre el hermafrodita se lleva a cabo alrededor de fines del siglo XVI y comienzos XII, aun cuando parte de las prácticas anteriores, como la hoguera, aún se seguían realizando.

⁵⁷ Foucault, M. «Clase del 22 de enero de 1975» en *Los anormales*, op. cit., 75.

⁵⁸ *Ibid.*, 81.

⁵⁹ Foucault, M. «Clase del 29 de enero de 1975» en *Los anormales*, op. cit., 83.

⁶⁰ Barbin, H. *Diario de un hermafrodita*, op.cit., . 7.

⁶¹ *Ibid.*, 7.

que, desde el punto de vista de la medicina, los hermafroditas sean siempre “pseudo” hermafroditas, siendo éste el pensamiento que tendió a imponerse durante el siglo XVIII.

A su vez, desde el punto de vista del derecho, la exigencia de una única identidad sexual, implicará la desaparición de la libre voluntad de elegir: “Ya no le concierne al individuo decidir de qué sexo quiere ser, jurídicamente o socialmente, sino que le corresponde al experto decir qué sexo la naturaleza le ha escogido, y al cual, en consecuencia, la sociedad debe pedirle que se atenga”⁶². Desde ahora en adelante, lo que le compete a la justicia es “establecer o restablecer la legitimidad de una naturaleza que no había sido suficientemente reconocida”⁶³.

La historia de Herculine Barbin o Alexina B., quien fuera encontrada muerta en Odeón en 1868, parece inscribirse como un breve episodio dentro de esta historia sobre el “sexo verdadero”. De hecho, según Foucault, entre 1860 y 1870, se da uno de los periodos en que con mayor intensidad se practicó la búsqueda de identidad sexual: “sexo verdadero de los hermafroditas, pero también identificación de las diferentes perversiones –su clasificación, caracterización, etc.; brevemente, el problema del individuo y de la especie en el orden de las anomalías sexuales”⁶⁴. En efecto, las primeras observaciones sobre el caso de Herculine Barbin aparecerían en 1860 dentro de una revista médico-legal, bajo el título de *Question d’identité*, publicadas por el médico Auguste Tardieu, siendo lo único que hasta ahora se conoce de las memorias de este/a hermafrodita.

Esta “cacería de identidad” por la que deberá pasar Herculine Barbin, en sus múltiples nombres y facetas, puede verse retratada también en sus memorias a través de la práctica de la confesión. En una primera instancia, se podría decir que este personaje acude a una confesión de tipo religiosa, tanto para liberarse del insoportable secreto en que debía mantener sus pasiones, así como para encontrar cierta redención por haber “engañado” a todo el mundo. Un ejemplo de esto, lo encontramos en el momento en que Herculine decide contarle toda la verdad al obispo de Saintes, persona en la que pudo sentir que: “¡Todo lo que la religión cristiana puede ofrecer en estímulos y en consuelos estaba allí!”⁶⁵. No obstante, una vez que el obispo determina que, para rectificar su estado civil es necesario el examen de un médico, la confesión adquirirá un sentido completamente distinto: “Me desagradaba ver cómo penetraba en mis secretos más queridos y respondí en términos algo incorrectos a alguna de sus palabras, que me parecieron una violación”⁶⁶.

Si aludimos a aquella hipótesis represiva que Foucault nos presentaba en *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber* (1976) solo un par de años antes de la publicación de *Herculine Barbin o Alexina B.* en la colección *Vidas paralelas* (1978), podremos ver cómo la confesión formaba parte de aquella prohibición del sexo en la medida en que más discursos se hacían proliferar sobre él. De este modo, la medicina legal, la psicología, la psiquiatría,

así como la justicia moderna, fueron herederas del dispositivo de una pastoral cristiana que reprimía al sexo, haciéndolo hablar de sus peligros, hasta en sus más mínimos detalles⁶⁷. Y es esto lo que en gran parte encontraremos si leemos con atención las palabras que Barbin recibe de su médico:

“No debe, me dijo, verme sólo como médico, sino también como confesor. Si mi obligación es ver, también lo es saberlo todo. El momento es grave para usted, más de lo que piensa. Debo poder responder de usted con toda seguridad, primero ante Monseñor y sin duda ante la ley, que exigirá mi testimonio.”⁶⁸

Ahora bien, esta voluntad de saber proveniente de un dispositivo médico, religioso y jurídico, será interpelada y puesta en cuestionamiento por el mismo/a Herculine Barbin en sus memorias, una vez le haya sido adjudicado su “verdadero sexo” y vea cómo su situación ha empeorado. Asumiendo un destino completamente entregado a la fatalidad, esta vez, Abel Barbin, impugnará a los médicos incapaces de comprender un dolor mucho más profundo que el de su supuesta anormalidad:

“Algunos médicos rumorearán sobre mis restos; animarán fuerzas extinguidas, sacarán a la luz nuevos aspectos, analizarán todos los sufrimientos misteriosos acumulados en un solo ser. ¡Príncipes de la ciencia, químicos iluminados, cuyos nombres resuenan sobre la tierra, analizad, pues, si es posible todo el dolor que ha quemado, devorado este corazón hasta las últimas fibras; todas las lágrimas ardientes que lo han sofocado, agotado bajo su salvaje opresión!”⁶⁹

Finalizado el relato de sus memorias, los fragmentos que vendrán a continuación parecerán un conjunto de desdichadas diatribas, donde el/la protagonista exclama “¡Tendré que recurrir a la limosna, al delito! De regreso a ese París que me gusta, porque nadie me recuerda”⁷⁰. En este sentido, como ha señalado Foucault, la perspectiva a partir de la cual se ha escrito este relato, pertenece más bien al de una Alexina que no se encuentra lejos del suicidio. Sin embargo, lo que ella evocará principalmente en sus memorias son “los limbos felices de una no identidad”⁷¹.

Se podría decir incluso que la principal política de este relato radica en la multiplicación de la identidad de su protagonista mediante los diferentes nombres que aparecen en sus registros: “Herculine-Adélaïde Barbin o aún Alexina Barbin o aún Abel Barbin designado en su propio texto, sea bajo el nombre de Alexina, sea bajo el de Camille”⁷². Más allá de una anonimización del texto⁷³, lo que aquí puede advertirse es una especie de proliferación de la denominación a partir de la que el o la pro-

⁶² *Id.*

⁶³ *Id.*

⁶⁴ *Ibid.*, 12.

⁶⁵ *Ibid.*, 94.

⁶⁶ *Ibid.*, 95.

⁶⁷ Foucault, M. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, *op.cit.* (La primera edición en francés corresponde a 1976).

⁶⁸ Foucault, M. *Herculine Barbin. Diario de un hermafrodita*, *op. cit.*, 95.

⁶⁹ *Ibid.*, 120-121.

⁷⁰ *Ibid.*, 121.

⁷¹ *Ibid.*, 13.

⁷² *Ibid.*, 12.

⁷³ Artières, P. «Le pouvoir d’écriture: Michel Foucault et l’auto-biographie», *op. cit.*, 74.

tagonista es mencionado/a y se metamorfosea en su discurso, debido a su anhelo de pertenecer a un mundo “fuertemente bisexual”⁷⁴.

La máquina de guerra de Herculine Barbin o Ale-xina B. podría consistir entonces en una especie de heterotopía de la no-identidad o de la confusión identitaria realizada a partir de la multiplicación del nombre, la que “paradójicamente, se amparaba en la vida de estas sociedades cerradas, estrechas y cálidas que conocían la extraña felicidad, a la vez obligatoria y prohibida, de no conocer más que un solo sexo”⁷⁵.

Es en este espacio cerrado y coercitivo del con-vento, donde el o la protagonista, junto a su amante habían podido crear un espacio otro, un espacio íntimo, a partir del cual era posible jugar y confundir afectuosamente las denominaciones e identidades: “En nuestras deliciosas citas a solas, le gustaba dar-me la calificación masculina que debía, más tarde, concederme el estado civil. ¡Mi querido Camille, le quiero tanto!”⁷⁶.

El testimonio que Adélaïde Herculine Barbin ha dejado para la posteridad parece concluir en la fatalidad de una vida arrastrada hasta condiciones espantosas, producto de la rectificación de su estado civil que ninguna buena consecuencia pudo traerle: “Ojalá los que me leéis, no lleguéis a saber nunca lo espantoso de estas palabras”⁷⁷. Sin embargo, la profundidad y la belleza de su relato nos hablaban de otra vida, que mediante la escritura y la lectura, había podido transformar su vida en obra y, a partir de ello, en un fragmento de historia.

4. El anónimo inglés de *My secret life*: el relato de una “sexistencia”

Solo un año después de la publicación de *Vigilar y castigar* (1975), Michel Foucault publicará el primer volumen de su *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber* (1976). En este libro, que quizás pueda comprenderse como una continuidad de la reflexión sobre el poder, pero llevada al plano de los discursos sobre la sexualidad, Foucault parece poner de antemano en discusión su propia empresa, cuestionándose: ¿hasta qué punto el discurso crítico que se dirige sobre la represión de la sexualidad puede “cerrarle el paso” a los mecanismos de poder que hasta ahora han prohibido la sexualidad o, por el contrario, éste pertenece a la misma red histórica que la denuncian, ocultándola sin embargo bajo el nombre de “represión”? En definitiva, la pregunta que se planteaba aquí era: “¿Hay una ruptura histó-

rica entre la edad de la represión y el análisis crítico de la represión? Pregunta histórico-política”⁷⁸.

Esta relevante pregunta podría responderse poniendo atención, no solo a lo que nos dicen los libros de Foucault, sino también a los *gestos* reflexivos que este pensador va desarrollando al poner en tensión sus libros con aquellas publicaciones consideradas como periféricas⁷⁹. Para el caso de la sexualidad, habrá que esperar ocho años hasta que se publique el segundo volumen de la *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres* (1984) para saber hacia dónde iba a ser conducido este concepto. Sin embargo, algo de esto ya nos lo aventuraba la primera publicación en francés de *My secret life* (1977), cuyo prefacio sería redactado por Foucault⁸⁰.

Es necesario observar a qué se refería Foucault con aquella hipótesis represiva planteada en *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Allí este filósofo señalará que aquel victorianismo del cual “somos” herederos, habría asumido a su vez el legado de la pastoral cristiana, en cuanto al imperativo de “convertir el deseo, todo el deseo, en discurso”⁸¹. Desde el siglo XVII en adelante, la cultura Occidental habría experimentado una verdadera “explosión” discursiva en torno y a propósito del sexo. No obstante, esta profusión discursiva más que consistir en su liberación, formaba parte de toda una economía y una política de la lengua y el habla. En efecto, en la medida en que los discursos no cesaban de proliferar, nos dice Foucault, ha habido una “depuración” del lenguaje en lo tocante al sexo; una manera de “neutralizarlo” a través de una retórica de la alusión y de la metáfora. En síntesis, se había creado una policía de los enunciados para controlar las maneras, los momentos, los espacios, las instituciones, los locutores, etc., en que se debía *hablar* sobre el sexo⁸².

Una vez convertido el sexo en discurso, entrará en un complejo dispositivo, donde no se podrá esperar que se lo agote bajo la ley de una prohibición, puesto que no se trata de una censura, sino, por el contrario, de un poder que lo reprime en la medida en que más se incita a hablar sobre él: “incitación política, económica y técnica para hablar del sexo”⁸³. El hecho de que a partir del siglo XVIII naciera un interés público para hablar sobre éste se deberá al hecho de que ya no se lo juzgaba tanto, como sí se lo administraba: “se debe hablar como de algo que no se tiene, simplemente que condenar o tolerar, sino que dirigir, que insertar en sistemas de utilidad, regular para el mayor bien de todos, hacer funcionar según un óptimo”⁸⁴.

Si establecemos una analogía con lo que sucedía en el caso de la delincuencia alrededor de esta misma época, observaremos que ésta, una vez que

⁷⁴ Barbin, H. *Diario de un hermafrodita*, op. cit., 14.

⁷⁵ *Ibid.*, 17. Con respecto a este espacio de heterotopía no-identitaria, Foucault describe a Herculine Barbin como: «Hermana, maestra, colegial inquietante, querubín extraviado, amadora, amador, fauno corriendo en el bosque, íncubo que se desliza en los tibios dormitorios, sátiro de peludas piernas, demonio que se exorciza (...) No es nada más, ella, el chico-chica, el masculino-femenino nunca eterno, que aquello que ocurre, por la noche, en los sueños, los deseos y los miedos de cada cual». *Ibid.*, 16-17.

⁷⁶ Barbin, A.H. *Mes Souvenirs*. Paris: Éditions Du Boucher, 2002, 47. La traducción es mía. Para demostrar este juego de denominaciones que evidencia el/la protagonista, cito también aquí este fragmento en francés, que es su lengua de origen “Dans nos délicieux tête-à-tête, elle se plaisait à me donner la qualification masculine que devait, plus tard, m'accorder l'état civil. Mon cher Camille, je vous aime tant!». ⁷⁷ Barbin, H. *Diario de un hermafrodita*, op. cit., 127.

⁷⁸ Foucault, M. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, op. cit., 18-19.

⁷⁹ Rebel, J. *Foucault: un pensamiento de lo discontinuo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2014.

⁸⁰ La publicación francesa de *My secret life*. Ed. *Les formes du secret* (1977) presenta sólo algunos extractos de los once volúmenes de esta obra. Ha sido traducida por Christian Charneau e incluye el prefacio de Michel Foucault. Foucault, M. «Préface à My Secret Life (1977)» en *Dits et écrit III (1976-1979)*, op. cit.

⁸¹ Foucault, M. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, op. cit., 30.

⁸² *Ibid.*, 26.

⁸³ *Ibid.*, 34.

⁸⁴ *Id.*

no podía ser reducida por el imperio de la ley, terminaba siendo administrada, ya sea directamente por el aparato penitenciario, la justicia y la policía, o bien, indirectamente, por una burguesía que extraía de ella ciertos efectos favorables de gobierno y control de los individuos⁸⁵.

Desde este punto de vista, el sexo también se convertirá en un asunto de *policía*, pero no en el sentido de la prohibición de un desorden, sino en el de una “necesidad de reglamentar el sexo mediante discursos útiles y públicos”⁸⁶. Esta policía del sexo surgía entonces como correlato de los problemas políticos y económicos del control de la población. A partir del siglo XVIII, señala Foucault, los gobiernos se dan cuenta que ya no deben preocuparse únicamente de los individuos, sino de la población entera con sus fenómenos y variables específicas: “natalidad, morbilidad, duración de la vida, fecundidad, estado de salud, frecuencia de enfermedades, formas de alimentación y de vivienda”⁸⁷.

Es así como entran en actividad de manera conjunta la medicina, la psiquiatría, la justicia penal, junto a una amplia gama de controles sociales, para suscitar discursos sobre el sexo. A partir de esta red intrincada de saberes y de poderes, es que pudieron anexarse sus “desórdenes” al difuso territorio de las clasificaciones entre lo normal y lo patológico, transformándolos así en “perversiones” sexuales. Pero, más allá de esta patologización de la sexualidad, la hipótesis central que esta historia de la sexualidad nos presenta aquí, radica en que la sociedad del siglo XVIII (“llámesela como se quiera, burguesa, capitalista o industrial”), no opuso un rechazo a reconocer el sexo, sino que “puso en acción todo un aparato para producir sobre él discursos verdaderos”⁸⁸.

En este sentido, tanto el discurso de la modernidad experimentará un cambio con respecto a las formas en que se manifiesta el poder sobre el sexo, cuando se nos hable de él a través de:

“procesos que lo diseminan en la superficie de las cosas y los cuerpos, que lo excitan, lo manifiestan y lo hacen hablar, lo implantan en lo real y lo conminan a decir la verdad: toda una titilación visible de lo sexual que emana de la multiplicidad de los discursos, de la obstinación de los poderes y de los juegos del saber con el placer.”⁸⁹

Dentro de esta historia donde el sexo es diseminado por diferentes discursos, la vida del anónimo inglés que aparece retratada en *My secret life* tendrá un lugar central. Hacia finales del siglo XIX este aparente “libertino tradicional” se habría sometido también a una de las más extrañas prácticas del mundo Occidental, que consiste en contar con detalle los secretos de una vida consagrada a la actividad sexual. En este sentido, los once volúmenes de su libro estarían dedicados a relatar las más ínfimas aventuras, placeres y sensaciones de su sexo,

bajo el imperativo de que “una vida secreta no debe presentar ninguna omisión; no hay nada de lo cual avergonzarse (...) jamás se conocerá demasiado la naturaleza humana”⁹⁰.

Para Foucault, sin embargo, este imperativo de decirlo todo con respecto al sexo tuvo su origen en el siglo XVII, en plena época clásica, por lo que, en lugar de ver a este anónimo inglés como un individuo que habría evadido de forma “valiente” aquel victorianismo que lo constreñía al silencio, se inclina a pensar que “fue el representante más directo y en cierto modo más ingenuo de una plurisecular conminación a hablar del sexo”⁹¹. En efecto, para Foucault, el anónimo inglés es un victoriano que habría sido heredero de una vieja tradición espiritual de los países protestantes: “tener escrito un diario de su vida, hacer sobre la página blanca su examen de conciencia”⁹².

“He leído todo mi manuscrito; ¡qué reminiscencias! Había llegado a olvidarme de algunas de las más tempranas. Cuánto me choca, al leer mis experiencias tempranas, la verdad del detalle; de no haberse escrito entonces, jamás podría escribirse ahora; ¿ha registrado semejantes cosa alguna otra persona? Sería un crimen quemarlo todo; por mucho que diga la sociedad, no es sino una narración de la vida humana, quizá de la vida diaria de miles de seres humanos, si pudiera hacérseles confesar.”⁹³

Sin embargo, puede decirse que el anónimo inglés de *My secret life* se opone también a esta última tradición. Al igual que Sade, él escribe para “aumentar” las sensaciones mediante una descripción pormenorizada de su sexualidad: “como Sade, él escribía, en el sentido fuerte de la expresión, ‘para su placer’; mezclaba cuidadosamente la redacción y la lectura de su texto con escenas eróticas cuya repetición, prolongación y estímulo eran esa redacción y relectura”⁹⁴.

Al leer estas palabras, resulta curioso que Foucault tienda a situar las memorias del anónimo inglés solo como una expresión ejemplar del victorianismo, pues señala algo muy similar a aquello que, hacia 1970, había dicho sobre Sade con respecto al rol que juega la escritura dentro de la fantasmagoría sexual, en tanto que ésta permite “obtener de esa imaginación reiterada, la repetición de lo que ya ha pasado, es decir, el goce. La escritura es el principio

⁸⁵ Cfr. Capítulo *Illegalismos y delincuencia*. Foucault, M. *Vigilar y castigar*, op. cit., 297-342.

⁸⁶ Foucault, M. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, op. cit., 35.

⁸⁷ *Ibid.*, 36.

⁸⁸ *Ibid.*, 88.

⁸⁹ *Ibid.*, 92.

⁹⁰ *Ibid.*, 32.

⁹¹ *Id.*

⁹² Foucault, M. «Préface à *My Secret Life* (1977)» en *Dits et écrit III (1976-1979)*, op. cit. 131. Sobre esta visión acerca del discurso de la confesión llevado en los países protestantes a una literatura en primera persona sería también confirmada en la entrevista denominada *Poder y saber* que Foucault concede a Shigehiko Hasumi en 1977: “uno ve también, en este momento, desarrollarse una literatura en primera persona donde las gentes tienen su propio diario, dicen lo que han hecho, cuentan su jornada, práctica que es sobre todo desarrollada en los países protestantes, aun cuando también hay ejemplos en los países católicos”. Foucault, M. «*Pouvoir et savoir* (1977)» en *Dits et écrit III (1976-1979)*, op. cit., 412.

⁹³ Anónimo. *Mi vida secreta. Volumen I*. Barcelona: Tusquets editores, 1978.

⁹⁴ Foucault, M. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, op.cit., 32-33.

del goce repetido; es lo que re-gocija o permite rehacer”⁹⁵. Anadiendo más adelante:

“La escritura que repite es igualmente la escritura que multiplica, la escritura que agrava, la escritura que aumenta y multiplica indefinidamente. Esta reescritura, esta escritura-lectura- reescritura-relectura, permite reactivar la imaginación indefinidamente y llevarla siempre más lejos, cada vez que uno escribe se lanza a franquear nuevos límites.”⁹⁶

En este caso, y debido a la distancia de siete años que separa el prólogo a la primera edición en francés de *My secret life* y los dichos sobre Sade, entendemos que, más que un franqueamiento de los límites de la imaginación (cuestión que va ser propia de Foucault en los años sesenta), lo que está en juego aquí ya no es, únicamente, la hipótesis represiva sobre el sexo, sino una manera de “no ser tan gobernado” por ésta. La escritura y relectura de sí se presentan a modo de prácticas que anticipan el abordaje ético que encontraremos posteriormente en Foucault con respecto al uso de los placeres en el mundo griego y su conformación en una estética de la existencia⁹⁷. Desde esta perspectiva, este “incurable” inglés aparece retratado por Foucault como alguien que desprecia la escritura o, que si la valora, es “sobre todo, para contar este sexo que, por su parte, no fue buscado tan ávidamente más que para ser multiplicado, intensificado en el placer de escribirlo”⁹⁸, ya que confía en la parte de su vida consagrada al sexo o, mejor aún, a la constitución de una “sexistencia”⁹⁹.

De este modo, la escritura aparece aquí como un pretexto, o mejor dicho, como el instrumento para lograr *con y a través* de ella, la estimulación e intensificación de los placeres sexuales. Es esto al menos, lo que enfatiza Foucault al decirnos:

“Yo estaría contento también de saber que él no había leído ningún libro, que no sabía incluso lo que esto era (como el suyo bien lo muestra), que despreciaba la escritura o que al menos no le prestaba atención, y que de todas estas frases alineadas no hacía más que un uso instrumental, psicológico, excitador, estrictamente corporal, que las preparaba antes del amor, que las olía mientras, y que después iba a buscarlas en el fondo de su memoria a la manera de un perfume.”¹⁰⁰

Es posible entonces que *My secret life* forme parte de aquella sutil red discursiva de las sociedades modernas que, en vez de ocultar al sexo, se ha encargado más bien en visibilizarlo, “poniéndolo de relieve como el secreto”¹⁰¹. Sin embargo, esta literatura personal, al hacer pasar la escritura a un segundo plano, ha podido conservar parte de la intensidad *salvaje* de la sexualidad, parte de su secreto aún no

dicho, ni siquiera como secreto, pues el deseo parece encontrar siempre sus escapatorias. En este sentido, Foucault nos hablaba de cierto funcionamiento oscuro del sexo, “porque está en su naturaleza escapar siempre, porque su energía y sus mecanismos se escabullen; porque su poder causal es en parte clandestino”¹⁰².

5. Conclusión

Si volvemos a situar a la literatura personal en el centro de las relaciones de poder, podremos ver que estos diarios, junto a la aparición de la psiquiatría y las nuevas formas de jurisprudencia del siglo XIX, formaban parte de una serie de discursos sobre la homosexualidad, las inversiones, el hermafroditismo, etc., que “con seguridad ha permitido su empuje hacia los controles sociales en esta región de la ‘perversidad’”¹⁰³. Pero, cabe la duda también, si acaso estos mismos discursos no han sido incorporados estratégicamente por aquellas experiencias de anormalidad que buscaban su liberación: “la homosexualidad se puso a hablar de sí misma, a reivindicar su legitimidad o su ‘naturalidad’ incorporando frecuentemente al vocabulario las categorías con que era médicamente descalificada”¹⁰⁴.

Es quizás sobre este carácter reversible o de doble perfil del poder, donde se debe apreciar cierto funcionamiento táctico de la literatura en Foucault. Por una parte, ella pertenece a la red de discursos que se sitúan desde el plano de los dispositivos de control social y, sin embargo, su sensibilidad presenta rasgos que pueden resultar “incluso contradictorios en el interior de la misma estrategia”¹⁰⁵. En este sentido, cuando Foucault demostraba cierto cansancio por la literatura en la medida en que ésta ha podido ser subsumida por aparatajes discursivos de control o por una clase burguesa siempre capaz de digerirla y neutralizar sus poderes, el uso de las memorias o diarios de sujetos/as considerados como anormales o criminales dentro de una sociedad ocupan un lugar estratégico en su reflexión sobre el poder y la sexualidad, ya que las audacias que nos cuentan sus protagonistas, así como la sensibilidad de sus relatos, escapan a un funcionamiento coercitivo.

Sabemos que lo que tenían en común las vidas de Pierre Rivière, Adélaïde-Herculine Barbin y el anónimo inglés de *My secret life* es que cada una de ellas había escrito, aunque de diferente modo, el relato de su existencia, ya sea por los delirios de grandeza y la solicitud de la justicia en el caso de Rivière; ya sea por el testimonio de una vida que disfrutaba de la ambigüedad sexual antes de su rectificación civil, como ocurría con Barbin; o bien, impulsado por el deseo de sobrepasar el discurso a través de la intensidad corporal con que se relataba la propia vida sexual, como sucedía con el anónimo inglés. No obstante, estas tres maneras de escribir sobre la propia existencia tientan aquello que más tradicionalmente se conoce como literatura autobiográfica.

Decimos que estas escrituras *tientan* el relato o la novela autobiográfica, pues éstas en su tiempo

⁹⁵ Foucault, M. «Conférences sur Sade. Buffalo, mars 1970» en *La grande étrangère. À propos de littérature*. Paris: Éditions EHSS, 2013, 165. La traducción es mía.

⁹⁶ *Ibid.*, 167. La traducción es mía.

⁹⁷ Foucault, M.: «La escritura de sí», *op.cit.*

⁹⁸ Foucault, M. «Preface à My Secret Life (1977)», *op. cit.*, 131.

⁹⁹ *Ibid.*, 131.

¹⁰⁰ *Id.*

¹⁰¹ Foucault, M. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, *op. cit.*, 48.

¹⁰² *Ibid.*, 84.

¹⁰³ *Ibid.*, 115.

¹⁰⁴ *Id.*

¹⁰⁵ *Ibid.*, 125.

no han funcionado del modo en que esta literatura lo hizo alrededor del siglo XIX, ni sus escritores han tenido el reconocimiento como autores de este tipo de género. El relato biográfico, exportado desde Inglaterra a toda Europa, fue durante mucho tiempo reconocido como el relato de la vida de un individuo escrita por sí mismo o como “todo texto en que el autor ha tenido la intención, secreta o pública, de contar su vida, de exponer sus pensamientos y de pintar sus sentimientos”¹⁰⁶. Pero, en este caso, podríamos decir que ha sido la intervención de Foucault, lo que ha permitido que las memorias de Rivière, de Barbin o del anónimo inglés salieran a la luz, para luego traspasar el umbral de la literatura, influenciado quizás por aquella reflexión que Guattari y Deleuze, éste último íntimo amigo de Foucault, realizaban hacia 1975 en *Kafka. Por una literatura menor*. En este libro los autores señalan que “Una literatura menor no es la literatura de una lengua menor, sino la literatura que una minoría hace dentro de una lengua mayor. De cualquier modo, su primera característica es que, en ese caso, el idioma se ve afectado por un fuerte coeficiente de desterritorialización”¹⁰⁷. En este sentido, el hecho de que Foucault en su rol de editor pretenda recuperar estas autobiografías olvidadas entre dossieres de archivos médicos y legales (o, incluso, entre documentos olvidados en almacenes de anticuarios como parece ser el caso del anónimo inglés), y rescatar su belleza, nos habla también de un deseo de impugnar y desplazar la institucionalidad literaria a través de una lengua menor¹⁰⁸.

En relación a esto último, vuelve a ser problemático hablar de un olvido de la literatura en Foucault¹⁰⁹. Claramente, este filósofo durante los años setenta en adelante no volverá a hablar con la misma intensidad sobre la literatura; tampoco es la misma literatura la que esta vez le fascina. Una vez desinteresado por la literatura, como expresión de lenguaje en estado puro, donde acontecía una desaparición del sujeto que habla, lección que servía de base a un arqueología de las ciencias humanas, donde se experimentaba la desaparición del hombre como fuente unitaria de sentido y conocimiento, Foucault podrá su atención en su lectura sobre el poder, sobre todo, en torno a instituciones que lo producen y reproducen. No obstante, sabemos que “las relaciones de poder no pueden desarrollarse más que por una puesta en escritura de las vidas ordinarias”¹¹⁰. Las disciplinas pueden volver

dóciles a los cuerpos en la medida en que intensifican sus tácticas de registro; en la medida en que se desarrollan un prontuario, una hoja de vida que en el caso de criminales y anormales vale también como una marca de su infamia. De allí que también se pueda hablar del *efecto de ficción* que genera el poder disciplinario¹¹¹, ya que el único testimonio que se conoce sobre estas vidas infames o paralelas son apenas unas cuantas palabras producidas dentro de determinadas prácticas discursivas (discursos de patíbulo, suplicios, confesiones, exámenes de conciencia, etc.) generadas por distintos dispositivos de poder provenientes de asilos, hospitales, prisiones, etc. Sin embargo, el interés de Foucault no se queda allí, y es precisamente *La vida de los hombres infames* esta especie de “eslabón perdido”¹¹² que viene a mostrarnos cuál es el nuevo tipo de literatura que le interesa a Foucault, desde luego una “mala literatura”¹¹³, o mejor aún, toda esta especie de géneros discursivos menores (*lettres de cachet*, crónicas policiales, autobiografías, etc.), que dan aviso y provocan lo que será la ética y política immanente de la literatura moderna, y que en el caso de Foucault parece estar operando siempre a modo de una poderosa trama de su genealogía del poder: sacar a luz lo ínfimo, lo banal; lo más oscuro y escandaloso de las sociedades¹¹⁴.

Si nos detenemos un momento más con respecto al caso de las autobiografías, pareciera que en el momento en que Foucault descubre estos relatos, los utiliza principalmente para ilustrar el hecho de que, a partir del siglo XVII en adelante, el hombre Occidental se había convertido en un “animal de confesión”¹¹⁵. Pero, paradójicamente, fue este cambio histórico-cultural el que había provocado la “metamorfosis literaria” de estas palabras confesadas:

“del placer de contar y oír, centrado en el relato heroico o maravilloso de las “pruebas” de valentía o santidad, se pasó a una literatura dirigida a la infinita tarea de sacar del fondo de uno mismo, entre las palabras, una verdad que la forma misma de la confesión hace espezar como lo inaccesible.”¹¹⁶

Pareciera que, bajo este imperativo de decirlo todo, se produjo también un cambio de paradigma literario, donde las memorias citadas por Foucault confrontaban aquella intrincada red de discursos modernos compuestos por la medicina legal, la psicología, la psiquiatría, la justicia penal y los nuevos controles sociales a través del escándalo producido por un tipo de literatura que, en vez de narrar hechos de personajes heroicos, esta vez hacía hablar a nue-

¹⁰⁶ Artières, P. «Le pouvoir d'écriture : Michel Foucault et l'auto-biographie» en *Michel Foucault, La littérature et les arts*, op. cit., 81. La traducción y el subrayado son míos.

¹⁰⁷ Deleuze, G. y Guattari, F. *Kafka por una literatura menor*. México D.F.: Ediciones Era, 1978.

¹⁰⁸ Piégay-Gros, N. «La critique littéraire et la pensée de Michel Foucault», op.cit.

¹⁰⁹ Con respecto a la dificultad de hablar de un olvido de la literatura por parte de Michel Foucault, pues más bien se trataría de un cambio de estatuto de ésta como ejercicio de resistencia, sobre todo si pensamos en los relatos de aquellas formas inéditas o alternativas de ser en el mundo moderno, de las que se preocupó Foucault en diferentes momentos de su obra, recomendamos el artículo: G. Blanco, A. (2020). «Política del afuera y acontecimiento. Los inéditos de Michel Foucault sobre literatura». *Pensamiento. Revista De Investigación E Información Filosófica*, 76 (290 Extra), 729-742.

¹¹⁰ Le Blanc, G. «Des vies infâmes aux vies minuscules: L'écriture des vies ordinaires ou une généalogie de la littérature». *Theory Now Journal of Literature, Critique, and Thought*. 2(1),

2019, 198.

¹¹¹ Le Blanc, G. «Des vies infâmes aux vies minuscules: L'écriture des vies ordinaires ou une généalogie de la littérature», op. cit. 197.

¹¹² *Ibid.*, 197.

¹¹³ Pol-Droit, R. «Desembarazarse de la filosofía. A propósito de literatura (1975)», op.cit. Con respecto a algunas aproximaciones a una “mala literatura” en Foucault, ver: Castilla, A. *Una extraña triangulación. Lenguaje, obra y literatura en Michel Foucault*. Granada: Editorial Comares, 2019.

¹¹⁴ Foucault, M. *La vida de los hombres infames*, op.cit.

¹¹⁵ Foucault, M. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, op. cit., 84.

¹¹⁶ *Id.*

vos seres provenientes de los bajos fondos sociales¹¹⁷.

6. Referencias bibliográficas

- Allio, René. *Moi, Pierre Rivière ayant égorgé ma mère, ma sœur et mon frère...* Paris: PlanFilm, 1976. <https://www.youtube.com/watch?v=hbR-Mehff1xg&t=834s>
- Anónimo. *Mi vida secreta. Volumen I.* Barcelona: Tusquets editores, 1978.
- Artières, Philippe. «Le pouvoir d'écriture: Michel Foucault et l'autobiographie» en *Michel Foucault, La littérature et les arts*. Sous la direction de Philippe Artières. Paris: Éditions Kimé, 2004.
- Artières, Philippe. «Écrire. Question de pratique théorique: où l'on se demandera en quel sens, au juste, Surveiller et punir est écrit 'pour' les prisonniers». En: Artières, Philippe et Potte-Bonneville, Mathieu (Eds.). *D'Après Foucault. Gestes, luttés, programmes*. Paris: Les Prairies ordinaires, 2007.
- Artières, Philippe. *Le dossier sauvage*. Paris: Éditions Verticales, 2019.
- Barbin, Herculine. *Diario de un hermafrodita*. Barcelona: Editorial Hacer, 1982.
- Barbin, Adélaïde Herculine. *Mes Souvenirs*. Paris: Éditions Du Boucher, 2002.
- Brosat, Alain et Roy, Philippe. *Tombeau pour Pierre Rivière*. Paris: L' Harmattan, 2013.
- Castilla, Antonio. *Una extraña triangulación. Lenguaje, obra y literatura en Michel Foucault*. Granada: Editorial Comares, 2019.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Kafka por una literatura menor*. México D.F.: Ediciones Era, 1978.
- Fariás, Rafael. «La vida infame en el régimen estético de la historia: Rancière lector de Foucault». *Enrahonar. An International Journal of Theoretical and Practical Reason*, 69, 2022, 147-162. <https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1436>
- Foucault, Michel. *Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano...* Barcelona: Tusquets Editor, 1976.
- Foucault, Michel. «Je perçois l'intolérable (1971)». En: Defert, Daniel; Ewald, François y Lagrange, Jacques (Eds.). *Dits et écrits II (1970-1975)*. Paris: Éditions Gallimard, 1994.
- Foucault, Michel. «Le retour de Pierre Rivière (1976)»; «Préface à My Secret Life (1977)»; «Pouvoir et savoir (1977)». En: Defert, Daniel; Ewald, François y Lagrange, Jacques (Eds.). *Dits et écrit III (1976-1979)*. Paris: Éditions Gallimard, 1994.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1998.
- Foucault, Michel.: «La escritura de sí» en *Estética, ética y hermenéutica*. Volumen III. Barcelona: Paidós, 1999.
- Foucault, Michel. «Clase del 22 de enero de 1975»; «Clase del 29 de enero de 1975» en *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2012.
- Foucault, Michel. «Conférences sur Sade» en *La grande étrangère. À propos de littérature*. Paris: Éditions EHSS, 2013.
- Foucault, M. *La vida de los hombres infames*. Buenos Aires: Editorial Altamira, 2014.
- G. Blanco, A. (2020). «Política del afuera y acontecimiento. Los inéditos de Michel Foucault sobre literatura». *Pensamiento. Revista De Investigación E Información Filosófica*, 76 (290 Extra), 729-742. <https://doi.org/10.14422/pen.v76.i290.y2020.016>
- Le Blanc, Guillaume. *El pensamiento Foucault*. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- Le Blanc, Guillaume. «Des vies infâmes aux vies minuscules: L'écriture des vies ordinaires ou une généalogie de la littérature». *Theory Now. Journal of Literature, Critique, and Thought*. 2(1), 2019, 194-201. <https://doi.org/10.30827/tnj.v2i1.8503>
- Luque, Álvaro. «Literatura y autopolítica: aportaciones de Michel Foucault a la teoría de la autobiografía». *452°F. Revista De Teoría De La Literatura Y Literatura Comparada*, (17), 2017, 18-35. <https://revistes.ub.edu/index.php/452f/article/view/17495>
- Pereira, Daniel. «Vidas paralelas: Foucault, Pierre Rivière e Herculine Barbin». *Tempo Social, Revista de Sociologia da USP*, 19(2), 2007, 233-252. <https://doi.org/10.1590/S0103-20702007000200009>
- Piégay-Gros, Nathalie. «La critique littéraire et la pensée de Michel Foucault» en *Michel Foucault, La littérature et les arts*. Sous la direction de Philippe Artières. Paris: Éditions Kimé, 2004.
- Pol-Droit, Roger. «Desembarazarse de la filosofía. A propósito de literatura (1975)». *Entrevistas con Michel Foucault*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2008.
- Rancière, Jacques. *Politique de la littérature*. Paris: Éditions Galilée, 2007.
- Revel, Judith. «Histoire d'une disparition: Foucault et la littérature». *Le Débat*, 79 (2), 1994, 65-73. <https://doi.org/10.3917/deba.079.0065>
- Revel, J. *Foucault: un pensamiento de lo discontinuo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2014.

¹¹⁷ Foucault, M. *La vida de los hombres infames*. Buenos Aires: Editorial Altamira, 2014, 121-137. Con respecto al cambio de paradigma estético que significó la literatura, donde el género (auto)biográfico está comprometido en la medida en que allí se habla o hablan vidas comunes, cuyas existencias se han vuelto *indiscernibles* para la historia, ver el capítulo: «L'historien, la littérature et le genre biographique» en Rancière, J. *Politique de la littérature*. Paris: Éditions Galilée, 2007. En este texto es posible apreciar una confrontación con Foucault, en la medida que Rancière da un carácter emancipador aquellas vidas paralelas (Rivière y Barbin) por el hecho de encontrarse con la lectura y escritura, que hasta cierto punto les hizo cambiar el destino de sus vidas.